

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO
FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

Año XI

BARCELONA 22 DE MARZO DE 1900

Núm. 487



Miss May Marton

ALFRED ELLIS



LA PIPA

RECLUÍDO en el ángulo, en lo más obscuro y tétrico del café, le veía invariablemente todas las tardes y todas las noches. Como faltaban en el local luces claras, aquella inquina en buscar la sombra excitó mi curiosidad el primer día, y volví al siguiente. Fuíme también yo al ángulo lúgubre y pedí cerveza en la mesa más próxima. Era un hombre de fisonomía simpática, alto y robusto; barba entrecana, cabello gris y un ceño en la frente que iba acentuándose conforme apuraba largos vasos de Strasburgo. Inútilmente quise entablar conversación con el desconocido: á mi saludo respondió con una leve inclinación de cabeza; no hizo más cuando le brindé con mi copa, y al preguntarle si entendía el español, repuso en correcto castellano:

—Soy alemán.

Me conformé con examinarle atentamente, ora con descoco, ora con cierto disimulo, y por el rabillo del ojo, como si dijéramos. En muchos días no saqué en limpio sino que no cesaba de beber ni de fumar en su pipa de barro de Escocia, y por los informes del camarero supe que comenzaba su sesión á las cinco y concluía á las tres de la madrugada... porque á esa hora cerraban el establecimiento.

Había yo llenado de notas mi cartera, y la observación empezábame á aburrir y molestar. Pero la pícara curiosidad me llevaba invariablemente todas las noches á aquel café, perdido, puede decirse, en una de las más intrincadas callejuelas de Barcelona, y junto al hombre de la pipa de barró. La casualidad vino en mi auxilio. Y fué que cierto día, al cruzar la Rambla, por aquel intrincado laberinto de coches, tranvías, ómnibus y caballos, levanté en vilo á una preciosa criatura de cinco años, que corrió peligro de ser aplastada por un carruaje. De mis brazos pasó á los brazos de otro hombre, y aquel hombre era el alemán. Nada me dijo, pero estrechó mi mano con una emoción que estaba á punto de reventar en lágrimas.

Por la tarde le hallé en su mesa, y no sólo contestó á mi saludo, sino que se pasó á la mía. Pidióme excusas, hablamos de la niña, y... le venció el sentimiento. Supe una historia muy triste: héla aquí en dos palabras: Casó con una mujer muy hermosa, que lo era todo para él,

pues por ella llegó á verse arrojado de su hogar propio, ¡lo más triste para un hombre de sentimiento!

Había vivido tres años sin acordarse de su familia, ni de Dios siquiera. No había más mundo para él que el nido de su felicidad. Pero á los tres años (el alemán rompió la copa de Strasburgo que tenía en la mano) sorprendió á su mujer en tratos ilícitos con un maldito ruso... El ruso salió por una ventana. La mujer... no supe lo que se había hecho de la mujer.

Es una vulgaridad, puesto que pasa todos los días. Bien, sí: es cierto; pero aquel hombre que tanto amaba, no tuvo hijos, y la niña que yo le salvé, y á quien él quería como á las niñas de sus ojos, con locura fanática de padre, era nacida de aquel ruso infame y de aquella mujer perversa, pero á quien él seguía amando en la preciosa criatura, vivo retrato de la madre.

Supe también entonces por qué se pasaba la tarde en el café y buscaba la soledad y la sombra.

—¡No sé... no puedo ahogar la pena! No consigo emborracharme y eso que he llegado á beber Strasburgo sin parar hasta que me ha vencido el sueño.

El alemán seguía fumando en su pipa de barro de Escocia; también supe por qué. Aquella pipa la había dejado el ruso al saltar por la ventana. Le pedí la pipa para examinarla... y la eché furiosamente contra el suelo.

Quedó rabioso, pero al otro día le encontré borracho. Llorando lágrimas de Strasburgo, tendióme la mano y exclamó:

—Gracias, joven: le debo á usted la vida de la niña y mi felicidad.

¡La pipa, la maldita pipa era lo que no dejaba emborracharse á aquel ser desgraciado!

J. F. Lujan

Cañitas

I

¡Jesús, qué pena me da!
La morena que yo quiero
siempre dice la verdad.

II

Soy como buque de vela
y tu cariño es el viento;
echa la culpa á tu alma
si ves que no llego á puerto.

III

Lágrimas de mi deseo,
¡ojalá que se secasen
en tus ojitos de fuego!

IV

Una lágrima de mi madre
en tu cabellera blonda...
¡Voy á engazarla con tiento,
verás qué anillo de boda!

V

Nos dice una antigua ley
que no hay motivo sin causa,
por eso van siempre juntos
mis suspiros y tus lágrimas...

VI

Dí qué tienen tus ojos
morena mía,
que es de noche y te dicen:
«—muy buenos días...»

J. ENRIQUE DOTRES



—Mira lo que somos en este mundo: un queso lleno de gusanos



Sátiras

Los estrenos tienen su encanto: el de la sorpresa; pero en muchas ocasiones la sorpresa es mala y tan abrumadora como una pesadilla.

En fin, lo indudable es que los espectadores quedan sorprendidos, unas veces más que otras. Por fortuna para las empresas y para los zarzueleros, no falta nunca público de buena fe con la piel endurecida que recibe las castañas asadas sin quemarse; que se ríe estrepitosamente oyendo un chiste de almanaque de pared, y á quien entretienen las *payasadas* del cómico. También hay críticos que, por no saber, ignoran la geografía de su país. Y ese es ya el colmo de la suerte para un empresario.

No lo invento yo, pero ciertamente la risa es contagiosa: entendiéndolo así algunas compañías extranjeras (que están bien enteradas de los puntos que calzamos en materia de ilustración), tienen el cuidado de colocar con admirable estrategia entre el auditorio algunos expertos, quienes sueltan el trapo con tanta naturalidad y con tanto alboroto, que no parece sino que la frase que ríen les ha hecho cosquillas.

Pero si de una representación suprimiéramos las risas estúpidas, y los aplausos inconscientes de la *claque*, ya veríamos cómo quedaban ciertos autores, durante los éxitos, y á dónde llegaban los trimestres.

¿A que no se comprometen algunas famas de similor á hacer la prueba?

**

Para críticos-revisteros y espectadores *flexibles*, LA ALEGRÍA DE LA HUERTA, viene á remozar el *género chico*. ¡Y cómo que lo remozar! Cantando jotas un murciano en el momento más terrible de su juventud engañada. ¡Y después de haberse anunciado que nos soltaban una parrandica! «¡A la jota, jota de la riberica...!» ¡Maño! ¡qué *riberica* más *consonante*, redió! ¿Desde dónde habrán visto Murcia el músico y los poetas? ¿Desde la Seo? Es verdad que el Segura lo mismo puede ser el Ebro pintado en un telón de fondo.

«Es un cuadrito», me dijeron unos.—«No hay chulos», me dijeron otros; «aquello es Murcia», replicaron los de más allá.

Talmente. Los señores del coro, visten zaragüelles y alpargatas; las señoras, lentejuelas en el delantal, saya corta y mantón vistoso; parecen figurines de una colección de chocolatería, en cuyos cromos se nos da *idea* de las regiones españolas. Lo único que más se acerca á la *verdad presente*, es la monterilla de terciopelo. ¡Otra! Yo también la he llevado cuando jugaba al trompo. El asunto es menos murciano que yo, que soy cuasi murciano, y que he vivido, por lo menos, muchos años en aquel país: aseguro bajo mi palabra honrada, que lo mismo puede ser holandés. Hay mucho sol en la escena, digo, mucho gas, eso sí.

¿Pues y del lenguaje? ¿qué me dicen ustedes del lenguaje?—«Tienes una boquiva—tan chiquitirris—que yo me la comirriva—con tomatirris.»—¡Cristo, si es tan fácil escribir en murciano! No hay más que tomar el patrón de Espronceda. Se tratara del catalán ó del vascuence, y ya veríamos; pero el gallego, con que todo termine en *ao* ó en *iño*, es pan comido, y el murciano con decir almica, pobretica, y otras *icas*, también. ¡Madrecica de la Fuente-santa! ¡Si á Feliu y Codina le pareció que con haber pernoctado un mes en Murcia, nos había *murciano* su *María del Carmen*! Estos escritores me recuerdan á Dumas, para quien todos los españoles llevaban manta y calañés y las mujeres navaja en la liga.

LA ALEGRÍA DE LA HUERTA no resiste á la crítica; es una alegría de bastidores gozada á la luz de las candilejas, que pasa... de largo, por la decoración. Aparte de eso hay algunas escenas chuscas, *mu* propias de todos los sainetes burdos. Hay que tragar el convencionalismo á chorros. Aquello es Murcia, vista desde los Pirineos en un mapa, con mucha voluntad; aquello es un cuadro de brocha gorda, y allí no hay chulos, pero se encuentra uno con unos aragoneses que á Dios le hablan de tú.

Asistiendo á la representación de tal obrilla, como asistiendo á la de otras de nuestro teatro mínimo ¡y tan mínimo!, me he preguntado muchas veces: ¿y á eso llaman arte?

Lo será, no lo niego; pero en todo caso es un arte *tísico*, que no tiene fuerza para despertar nuestras almas.

Clak



—¡Arriba, sin miedo!—¿Miedo yo? Estoy acostumbrada á estos trotes.

Cantos... ⁽¹⁾ y melenas de Ruiz López

ENCONTRÉLE aquella tarde en el café, como siempre: con sus melenas rizadas, con su mirar lánguido de modernista bohemio, saboreando el líquido de la taza que tenía delante. Me saludó y me dió un libro.



Buenos días

REUTLINGER

Cantos Nuevos, leí en la cubierta y... miré las melenas del autor...; más abajo: «Prólogo de J. F. Luján», y... miré á éste que liaba un cigarrillo en papel pectoral. Volví la hoja y leí: «A... (aquí mi nombre) distinguido compañero (aunque amigo)» y la firma de *don Juan*, digo, de R. Ruiz López.

1) Con un *atrio*, que no es *atrio*, ni Rueda que lo fundó, de J. F. Luján.

Me pareció la dedicatoria muy modernista, muy propia del caso, no por lo de *distinguido*, y felicité á Ruiz sinceramente, como puede y debe hacerlo un compañero y amigo de veras, al autor de un libro de poesías que se apartan, por lo originales, de todo lo que conocemos hasta hoy en este género.

Desde el primer poeta á nuestros días, todos los que se han dedicado á escribir versos, han sido unos solemnes embusteros, que han tratado de entusiasmarlos con sus mentiras dichas dulcemente, como la mujer que le susurra á uno al oído palabras de amor que no siente.

Algo parecido á esto dice Luján en el prólogo del libro de Ruiz, lo cual no tiene nada de particular, porque Luján y yo coincidimos en muchas cosas.

Mi amigo Ruiz López, el joven autor de *Cantos Nuevos*, lleva un mundo nuevo en su cabeza bajo la pelambre de sus melenas largas y rizosas y por eso protesta en su libro de lo viejo, de lo caduco, de todo lo que trascienda á decrepitud, á antigüedad inútil.



Pierny

STEBBING

«Por qué pasar la vida en casa triste,
si nosotros podemos
con brazo fuerte y juveniles bríos
alcázar levantar grande y soberbio?»

Esto dice Ruiz López con ímpetu, como corresponde á quien como él ha mirado siempre hacia adelante, ha caminado resueltamente hacia el progreso con la frente alta y despejada, desafiando los contratiempos de la vida, que no siempre le ha sonreído.

«Que nada quede en pie de lo que ahora
hace andar con rodeos.
Nada de reformar á medias, todo
debe caer al suelo.»

La Saeta

Sigamos trabajando sin descanso,
sigamos con denuedo
la gran renovación, que todo sea
por el trabajo de titanes nuevo.»

Aunque no fuera más que por la fe con que Ruiz López se expresa y los bríos y la energía con que protesta de lo viejo en su poema *Ruegos*, se hace acreedor á que algún día vea realizadas sus ilusiones. Este poema, en realidad, es digno del luchador incesante, del que trabaja de continuo, por las ideas de la libertad y del progreso.

Pero no es todo valentía en *Ruegos*. También Ruiz, el bohemio de *Cantos Nuevos*, tiene su *corazoncito* como *los hijos del pueblo*, cuando se acuerda de su idem, de

«los albergues modestos
puros como la nieve de los montes
donde descansa el fatigado obrero»

y de los *pedruscos de la plaza* donde jugó cuando pequeño y del tronco del árbol por el que trepaba á buscar los nidos, y

« sus ramas
destrozaron mis ropas por cogerlos.»

No cabe duda que todo esto es hermoso, es algo grande, que Ruiz López llevaba debajo de sus melenas sin decirlo á nadie.

El que lea *Cantos Nuevos* y medite un poco luego lo leído, acabará por conocer á Ruiz López como un desengañado de la vida, á pesar de ser joven, que ha adquirido el convencimiento de que el triunfo no se consigue más que con el trabajo y en la lucha noble y leal. Y además, se convencerá el buen observador de la modestia que distingue al poeta, pues hay dos cosas en el libro que lo demuestran de modo irrecusable: la tenacidad con que llama á sus compañeros para que le ayuden á conseguir su obra demoledora de lo viejo y el vigor con que truena en una de sus mejores poesías contra las pasiones.



Un juego muy divertido
que no he logrado entender:

cosas son de las mujeres
y un enigma es la mujer.

Mas, aparte de estas dos cosas que prueban la modestia del autor de *Cantos Nuevos*, yo, en cuanto le vea, pienso preguntarle por qué su composición *Lo que nos falta*, no la ha titulado *Himno á la juventud*. Y á buen seguro que me contestará esto ó cosa parecida, con voz solemne y actitud majestuosa:

—Porque eso lo dejo para otros.

«¡Queridos compañeros, nobles hermanos,
jóvenes que á la lucha venís conmigo,
mi voz va dirigida sólo á vosotros,
prestadme oídos!

Yo sé que á la par mía trabajáis todos,
que os sobra inteligencia y os sobran bríos;
yo sé que vais derechos á la victoria
ó al sacrificio.»

Así empieza *Lo que nos falta*, y lo que empieza así es digno de que sea puesto en música y de que se titule *Himno á la juventud*.

Pero á él no se le ha ocurrido este título porque le ha parecido, seguramente, demasiado presuntuoso. Y, sin embargo, anda por ahí un poeta *nuevo* que se considera lo menos un Núñez de Arce de la poética modernista y que además de escribir versos enjareta crónicas y críticas y artículos de impresión (como pudiera hacerlo el mismísimo Carulla) que no tendría inconveniente alguno en titular *Himno á cualquiera* de sus composiciones con música de Vives y verso libre.

Ya sé que esto parecerá mal á los que creen que Marquina ha ido á la *conquista* de Madrid; pero como yo he escrito, escribo y seguiré escribiendo con una independencia de juicio tremenda, porque no soy de los que escriben para vivir, sino de los que viven para escribir, no pongo freno en este momento á mi imaginación que me obliga á decir que Marquina, que es un joven estudioso y trabajador y que por estas cualidades suyas podría, más adelante, producir algo bueno, tiene demasiadas pretensiones y como no cambie de manera de pensar, acabará por ser uno más de esos *intelectuales* que no van á ninguna parte, aunque ellos pretenden con exagerado orgullo ir á todas. Y conste que no conozco á Marquina más que por sus trabajos literarios.

Lo mismo que sería una solemne tontería decir que Ruiz López, por el mero hecho de haber publicado *Cantos Nuevos* y usar melenas y tener el mirar lánguido de modernista bohemio, es el poeta indiscutible de estos tiempos. Ni yo adelantaría nada con decirlo, ni él lo creería, ni siquiera fuera hacerle un favor al amigo. Pero sí digo que Ruiz López tiene sobre Marquina una ventaja grande: la modestia. Y con esto y con perseverancia en el trabajo, puedo asegurar que triunfará.

Sinceramente hago votos porque no se malogre su inspiración.

CARLOS RÍA-BAJA





Fraisia

REUTLINGER



Después del baile

IGNOTUS

SILUETA OFICINESCA

Como Balart, en sus *Impresiones*, presenta al público ilustrado poetas dignos de atención aunque apenas conocidos, así yo,—que de Balart nada tengo, bien contra mi gusto,—voy á sacarle á luz, quitándole antes el polvo que arrojaron sobre él bastardas ingratitudes, á un héroe anónimo, dechado de modestia y espejo de virtudes cívicas.

Todas las mañanas cuando llego á la oficina, yo que soy joven y fuerte gracias á Dios, hace dos horas que el vetusto escribiente, quintañón por la traza, se halla sentado delante de la mesa, vieja como él, aunque más quejumbrosa y doliente. Antes de resolverse á coger la pluma, la falsilla y el niveo papel timbrado, eso sí, se está media hora pensándolo, llevando de aquí para allá sus amarillentas y rugosas manos, rebullendo su cuerpo en el sillón barnizado con el polvo de dos lustros. Decídese por fin, prepara los menesteres de su oficio,

arregla sus gafas, de armadura de alambre de perversa calidad, y empieza calmoso, cejijunto, sombrío é imponente, con la grandeza del que trabaja para comer cuando otros no hacen más que dormir, jugar con los nietezuelos y llevar condecoraciones en las fiestas oficiales.

Ya no le oís hablar en toda la mañana hasta las doce, en que dá un gruñido, sin levantar la cabeza ni mover el cuerpo, despidiendo á su oficial. *Dá la hora* y continúa impertérrito en su poltrona, mientras desfilan por delante de él empleados de todo linaje.

Pero qué: ¿*Ignotus* no come?

Come, sí, á las cuatro de la tarde, cuando los demás sestan.

Poco antes de esa hora es cuando él se retira de la oficina, solo, silencioso, con la cara muy sonriente y el andar rastroso y perezoso de los reumáticos por decrepitud. De cintura para arriba parece un paréntesis.

El paso del sol por el



—¡Por el campo solitas cinco mujeres!

Esto se ve, señores, muy pocas veces.

Meridiano, es para otros presagio de buena nueva, porque á esa hora se vuela en busca del hogar, si se es casado, á recibir los besos de la mujer y de los hijos, y en el estómago las caricias de una sopa humeante saturada de substancia, mezclando así prosa y poesía; si se es soltero, á comer muy de prisa para arrojarse en la cama buscando sosiego y hallando sudor. Para *Ignotus* es también motivo de alegría, porque entonces, después de un cuarto de hora en que la gritería y el estruendo se acentúan más con el pisar y las habladurías de todos, la oficina se queda vacía de muchos holgazanes y gárrulos parlanchines que no le dejaban trabajar.

Queda mudo el recinto como el campo de batalla á la terminación de la refriega, como el desierto después de haber pasado la última y bulliciosa caravana, como un mundo en que reinara el caos, si mundo y caos pudieran compadecerse.

Ignotus, pendiente de cada rasgo de su hermosa letra, goza, se deleita *éticamente* en su incesante labor mecánica: bajo su pluma la albura del papel la interrumpen listas negras simétricas y equidistantes que, como siempre, ven formar un *dado cuenta*, un *acuerdo*, un *decreto*, una *providencia* de sencillo trámite. La soledad aquella le conmueve y enaltece, moviéndole á trabajar aún con más ardor, porque, como buen viejo, parece que quiere acostumbrarse al silencio del sepulcro.

De vez en cuando, mientras *Ignotus* trabaja, de un rincón de la estancia sale una enamorada pareja de ratones llevando detrás á un chiquitín de los de su género. Atisban en distintas direcciones y, al convencerse de que no hay nadie más que el escribiente de todas las tardes, prosiguen confianzados su paseo, barriendo el suelo con el hociquillo que sirve de estuche á sus afilados dientes. Para ellos no es *Ignotus* uno de esos terribles gigantes, de talento asombroso, que les hacen caer en toda suerte de celadas y se llaman hombres: no es más que una estatua de carne que se mueve y gesticula de vez en cuando, pero sin dañar á nadie.

Cuando llega el escribiente á su casa, allí le espera un hijo de más de veinte años, casado y con tres vástagos. Cualquiera creerá que un joven que ya sabe hacer concebir á una mujer, ayuda con su trabajo á las atenciones de la casa. ¡Errónea presunción! Allí todos comen de lo que *Ignotus*, solo y único, gana, escribiendo nueve horas al día.

Pero, preguntará alguien: ¿ese hombre, aunque escribiente, tendrá gratificaciones, se verá halagado y querido? Contesto: sueldo, quince pesos con el descuento del diez por ciento; consideración, ninguna. He visto echarle tres ó cuatro *chillerías* por pequeños deslices, muy disculpables dada su vejez y su falta de memoria.

*
**

Yo de mí sé decir que todas las mañanas cuando llego á la oficina, saludo *para adentro*, cordial y respetuosamente, al laborioso pendolista. Y si no me atrevo á hacerlo por medio de frases distintas é inteligibles, de esas que están admitidas en sociedad, es porque me gusta vivir con el siglo y no tener que aguantar sonrisas compasivas ni impertinentes chanzonetas de mis compañeros.

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA

SUSPIROS

I

De lo que te ha sucedido
no le echés la culpa á nadie:
¡ya te lo había advertido
en sus consejos tu madre!...

II

Una gota más á un río
no le saca de su cauce;
¡y á mí un desengaño más
quizá llegará á matarme!

III

Eres igual que las flores
que se crían entre el fango,
que mezclan su rico aroma
con hedores putrefactos...

IV

Dicen que eres *una virgen*
por tu belleza y tus dones;
yo no he querido creerlo,
¡eso va en *apreciaciones!*

JOSÉ HÉRES DE LA RUEDA

Regeneradores del Teatro

Don Sinfioriano, que es *hombre de dinero*, gracias á haber estado trabajando como un negro durante treinta años en su establecimiento de carbones y leñas, ha tenido la ocurrencia, inducido por su amigo Peralta (que es un *guaja* regenerador) y por el deseo de obtener triunfos amorosos, de convertirse de ex carbonero en flamante empresario de teatros.

Peralta, que desde luego se nombra él mismo representante de don Sinfioriano, y director artístico del teatro, es el encargado de buscar los cómicos para la formación de la compañía.

Don Sinfioriano, se encuentra en *su nuevo estado*, como chico con zapatos nuevos, se pasa la mayor parte del día en *su teatro* (como dice él), de cuatro á seis de la tarde está en la Contaduría, muy repanchigado en su butaca y con cierto carácter profesional; estas dos horas son las señaladas para recibir y ajustar á los artistas, con más ó menos arte, que Peralta va apalabrando.

**

—¿Se puede?

—Adelante. (¡Buena chica!)

—¿Tengo el gusto de hablar con el señor empresario?

—Servidor de usted, señorita.

—Peralta me ha dicho que está usted *formando* y vengo recomendada por él á ofrecer á usted mis servicios.

—¿Usted qué es?

—Yo, modista; pero como somos tantas, y el oficio da tan poco, he decidido hacerme *del teatro*, pues Peralta dice que me sobran *actitudes* para ello.

—(¡Qué bonita es!)
¿Canta usted algo?

—Ya lo creo: las mañanas me las paso más cantando que cosiendo...

—(Lo creo).

—Si me oyera usted cantar el *Curro Vargas*, se quedaba bizco; ¿quiere usted que se lo cante?

—¡Nó! Me basta con su palabra.

—Pues no le digo á usted nada en la declamación; me sé de memoria casi todos los parlamentos del *Curro*; como he visto muchas noches esta función, he podido coger muchas cosas de todos los personajes; al que más le he cogido, ha sido al Cura; en fin, si me oyera usted decir los versos, se quedaba usted bobo!

—No me los diga usted, porque bizco y tonto, no podría apreciar en todo lo que valen esos ojos, y...

—Pero qué gracioso y que... (¡mamarracho!)

—¿Y qué sueldo quiere usted ganar?

—Pues, mire usted:



STEBBING

Desroches



Desroches

STEBBING

ahora, al principio, y en atención á que mi repertorio es corto... yo creo que seis duros...

—No es mucho, la Pretel gana...

—¡Mucho más!, y si fuera con otra no me pondría moños, ¡pero con la Pretel me pongo yo á hacer todo su repertorio, y algunas veces crea usted que quedaría yo por encima!

—No hay más que hablar; mañana puede usted venir á recoger el préstamo.

—Si fuera usted tan amable, que diera cabida en la compañía á mi tía, aunque fuera en el coro...

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Cincuenta y dos, pero no hay quien se la eche.

—Si es así, ya veremos...

—Gracias, es usted muy simpático... ¡ah!, si acaso no tiene usted completa la orquesta, tengo un primo que toca el cornetín y en caso de necesidad también tocaría el clarinete.

—Lo tendré presente y se hará lo posible...

—Vaya, no le molesto más y hasta mañana... que vendré con mi tía y con *el clarinete*.

—¡Adiós, monísima!

—Pues señor, esta chica es de rechupete, y baratita; por seis duros tengo una tiple... quien sabe si...

—¿Da usted su permiso?

—Adelante.

—¿Don Siforano Retama?

—Servidor de usted.

—Yo soy Gómez... el primer actor y barítono.

—Sí, ya Peralta me ha hablado de usted.

—Yo aquí en Madrid soy poco conocido, porque no he trabajado en ningún teatro; únicamente trabajé, hace muchos años, en el antiguo Circo de Rivas.

—¿Como titiritero?

—No, señor; como pintor, pero apenas me acuerdo.

—Me extraña que siendo usted tan buen *actor* como me ha dicho Peralta, no haya ya trabajado en Madrid.

La Saeta

—Pues muy sencillo; yo he tenido contrata para la Comedia, Zarzuela, Apolo... pero en cuanto se enteraron Thuillier, Romea, Rodríguez, Carreras...

—Se alegrarían de tenerle á usted por compañero.

—Al contrario, ¡envidiosos!, dijeron á la empresa que lo mismo era entrar yo que salir ellos.

—¡Qué infamia!

—Y grande. Y todo porque ninguno de ellos vale para descalzarme. ¡Hasta el coro de Apolo quería marcharse si yo entraba!

—¿Y usted qué hizo?

—Proponerle á la empresa hacer todo el repertorio de Frégoli; soy el único actor español que le imita, ¡como que he sido galán joven de su compañía!

—(Debe ser buen artista este hombre).

—Por lo único que me alegraré entrar en su compañía, será por derrumbar muchas reputaciones mal adquiridas. ¡Si usted me hubiera visto en Vitigudino hacer *La Carcajada*! ¿Conoció usted á Valero?

—Valero... Vale .. ¿fué uno que tuvo carbonería?

—(¡Qué bruto!) Yo me refiero al actor; pues, bien, en *La Carcajada* me río yo de Valero.

—Claro que se reirá usted.

—¡Y la noche de mi beneficio en Buitrago!, aquella noche causé un verdadero alboroto haciendo *Conflicto entre dos deberes*, ¡qué conflicto aquél! (como que tuvo que hacer otro el tercer acto).

—Supongo que esas dos funciones serán zarzuelas.

—(¡Qué bárbaro!) No señor, son dramas, pero lo mismo hago ese género, que la zarzuela chica, uno de mis mayores triunfos lo alcancé en *Artistas para la Habana*, la última noche que la hice en Monzalbarba, ¡cómo estaría!, que antes de terminar, un espectador lleno de entusiasmo me gritó...

—¿...?

—... ¡Dios quiera que no vuelvas de Cuba!

—Como que allí ganan ustedes mucho dinero. ¿Y el sueldo que pretende usted ahora?

—Diez duros, un beneficio libre y un palco á diario... Ya vé usted que mis pretensiones...

—Con tal que me ayude usted á regenerar el teatro, me doy por satisfecho.

* * *

Todas las contratas que hizo don Sinfioriano fueron por el estilo de las anteriores. Los autores, buenos y malos, tenían que someter sus obras al juicio del novel empresario, asesorado por Peralta y Gómez.



Su teatro lo tuvo abierto durante dos meses. En este tiempo, Peralta, Gómez, la modistilla, los estrenos y el público que no asistía á las representaciones, se encargaron de dejar al bueno de don Sinfioriano sin una peseta.

Hoy, aquel don Sinfioriano, es sólo *Sinfo* (hasta parte del nombre ha perdido), el mozo de una modesta carbonería; en cambio la modistilla es todo una *señora tiple* y vive en un magnífico piso, que, según malas lenguas, le ha puesto cierto título.

¡Y luego queremos la regeneración del teatro!

Mientras tengamos *empresarios carboneros, triples modistas, Peraltas... Gómez, etc.*, creo que será un poco difícil.

JOSÉ LLOBECA

¡Pobrecilla! ¡En buenas manos has caído!

BLANCAS Y MORENAS

HÉ aquí dos palabras, mejor dicho, dos calificaciones que envuelven en sí á la mitad del género humano. Blancas y morenas son las mujeres; mas como en este mundo todo tiene su término medio, también las hay trigueñas.

En primera edad, la mujer es la primavera; mas, en general, la mujer blanca es el invierno, la morena es el estío, la trigueña el otoño.

La blanca es la nieve, la morena el fuego, la trigueña el color natural.

La blanca es agradable, la morena graciosa, la trigueña agraciada.

La blanca es hermosa, la morena bonita, la trigueña bella.

La blanca es la poesía, la morena la dulzura, la trigueña la bondad.

La blanca tiene hechizos, la morena gracias, la trigueña atractivos.

La blanca causa el deseo de la admiración, la morena el de posesión, la trigueña el del agrado.

La blanca tiene los ojos azules, la morena negros, la trigueña castaños.

El corazón de la blanca se mueve, el de la morena late, el de la trigueña oscila.

La blanca usa del coquetismo, la morena de la coquetería, la trigueña del donaire.

El amor de la blanca conmueve, el de la morena subyuga, el de la trigueña enamora.

Ahora, bien; si es cierto todo lo dicho, si ese hermoso defecto de la naturaleza, como llamó Milton á la mujer, si esa obra maestra del Universo se presenta siempre en las tres fases de blanca, morena y trigueña, ¿cuál deberá elegirse? Muy difícil es la cuestión, y que cada cual pueda resolverla á su gusto.



Bromas del objetivo



MIS CANAS

Penetré en el recinto de mis amores,
y á la mujer querida ví reclinada,
con graciosa indolencia, sobre el brillante
fondo de terciopelo, color de grana,
del diván, mal velado su seno mórbido
por el peto de encajes, flores y gasas.

Tras titánico esfuerzo, todas mis dudas
logré dejar ocultas dentro del alma,
y ciñendo su talle puse mis labios
sobre su cabellera blonda y rizada,
y me senté sereno, casi impasible,
sobre la piel tendida bajo su planta.

Gentil y sonriente, tierna y mimosa,
comenzó con sus dedos de nieve y nácar,
á alisar mis cabellos, y una por una
á contar, caprichosa, todas mis canas,
y—explícame—me dijo—¿cómo es que tienes
tan joven, la cabeza, ya casi blanca?

—Cada blanco cabello tiene su historia—
le dije reclinándome sobre su falda,—
quizá son los sudarios con que han vestido
penas y decepciones mis esperanzas;
mi cabeza es el libro de mis dolores
y son esos cabellos blancos sus páginas.

—Dime la historia de ésta,—dijo mirando
una de mis lucientes hebras de plata;—
quiero saber tus luchas y tus pesares,
y sondar el venero de donde mana
la inspiración que llena tu fantasía
de notas y amarguras, cantos y lágrimas.

—No pretendas siquiera —yo le repuse—
evocar las memorias de otras etapas;
no dejes que á la sima tu pensamiento
vuele á batir curioso sus níveas alas;
deja que mi pasado tenaz te oculte,
como al féretro oculta la fuerte lápida.

—Ya que es ese tu gusto, vela el secreto,
guárdalo; pero al menos, dime la causa
por qué el negro cabello que está en mi mano
á cubrirlo comienza también la escarcha,
y éste ya á tu pasado no pertenece—
me contestó besando mi frente pálida.

—Ese negro cabello que ya blanquea
es sin duda un profeta que me presagia
un nuevo desencanto que viene á herirme,
una nueva amargura que me amenaza,
una traición infame de amor vestida
de algún ser adorado de mis entrañas.

Palpitante y confusa me oyó en silencio
ahogando los suspiros en su garganta,
y ocultando mis iras y acariciando
sus bucles desprendidos sobre su espalda:
—Mujer, ese cabello, tal vez,—le dije—
blanco, blanco del todo, verás mañana.

.....
¡Se cumplió mi presagio! Ya por doquiera
sólo contemplo nieves amontonadas;
nieve llevo en mis venas y en mis cabellos,
nieve que ha penetrado dentro del alma,
nieves y decepciones que ya me agobian
como al titán el peso de la montaña.

ARTURO REYES





La Saeta

—¡Ánimo, muchachas! no se diga que un hombre puede con tres mujeres!

Miscelánea

A NUESTROS LECTORES

Agradecidos al favor que el público nos dispensa, y deseando corresponder á su no interrumpida predilección, estamos trabajando activamente para introducir en LA SAETA importantes mejoras, que aumentando su amenidad, sin alterar sus condiciones económicas, harán indudablemente de este periódico uno de los más variados é interesantes de España.

Aunque, por el estado de los trabajos emprendidos, podríamos ya enumerar algunas de las reformas preparadas, preferimos que nuestros lectores disfruten el placer de la sorpresa, confiando en que nos honren con su aprobación.

—¿Qué le gusta á usted más, preguntaba una señora á un viejo cócora y egoísta, el invierno ó el verano?

—Señora, me gusta más el invierno y me gusta más el verano.

—Gracias á Dios que le oigo á usted decir que le gusta algo.

—Entendámonos, señora; en invierno me gusta más el verano, y en verano me gusta más el invierno.

Charada

Un tal *Todo* que es persona
que me inspira confianza
diz que en el *prima dos cuatro*
que allá en Murcia se levanta,
él perdió en cierta ocasión
su fortuna nada escasa.

Prima cuatro el pobre hombre
ha quedado, y no me extraña,
que un disgusto así, por fuerza
debe hacer salir las canas.

Al *tres dos* quiere marcharse,
dos su prima le acompaña,
y emprender allí un negocio
de relativa importancia...
¡Ay Murcia, la hermosa Murcia,
la que el Segura la baña,
tu *prima dos cuatro*, siembra
á montones las desgracias. ..!

MORENO

Acertijo

Buscar un nombre de mujer que variando el orden de sus letras, resulte otro nombre de varón.

ANDRÉS DONATO PÉREZ

Aritmograma

Substituir los números arábigos por romanos, para que nos dé lo que indica:

1 + Asidero	= Continente
5 + Villa	= Muchacha
6 + Cruz	= Insecto
50 + Animal	= Ara
100 + Metal	= En las iglesias
500 + Delicuenta	= Vasija
1000 + Anillo	= Ciudad
1001 + Canoso	= Vía
1051 + Nombre de mujer	= Ser viviente

IGNACIO CANAS

Logogrifo numérico

1 2 3 4 5.—Apellido de un general.
1 5 2 4.—Calle de Barcelona.
1 2 3.—Verbo.
1 3.—Nota musical.
5.—Vocal.

GUIJOSE

Soluciones á lo insertado en el número 486:

CHARADA.—Morena.

CUADRADO.—

TURIN
URANO
RABAT
INAYA
NOTAR

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Bonaparte.
ROMBO.—

P
S E O
P E D R O
O R O
O

Correspondencia

E. G.—El caso es que siento no poder complacerle, porque me remite trabajos que ya ha publicado en otras ocasiones.

Demonio.—¡Libranos, Señor, de la tentación!

P. A.—Es difícil darle á usted un dictamen tan radical como el que desea. No basta con lo que ha remitido. Hay muchas incorrecciones, sí, muchas puerilidades, frases diluidas, conceptos inútiles; pero no deja de notarse en la composición cierta facilidad, que con cuidado y con el trato del estudio y de las buenas lecturas, puede ser cultivada provechosamente. Mande, si quiere, algo más y veremos.

A. M.—Se publicará.

S. N. O.—Dice usted que si me digno *ojear* sus versos... Ojeemos: presumo que la cosa de gazapos resultará abundante:

«De tí se enamoró Indalecio
y tú para corresponderle le digiste
que tu amor era un trapecio

y el era tan necio
que se puso á comer alpiste.»

Y usted, mientras comunicaba al público esa peregrina ocurrencia del amor, trapecio, ¿qué comía? Porque en ayunas imposible que tuviera usted el cerebro tan despejado. ¿Qué comía, alfalfa?

«Después te fuí yo á enamorar
y ese ya fué otro cantar
porque á mi simpática Rosa
me digiste que tu amor era una mariposa
y yo me puse á temblar.»

El caso no es para menos: ¡un trapecio convertido en mariposa!

Y no sigo el ojeo, porque va usted á dejarme sin municiones.

F. B.—Entran en turno.

M. J. P.—Eso, además de manoseado, tiene poco chiste; creo que puede usted probar buscando un asunto de más miga... y corrigiendo y cuidando algo más la frase.

Ricardo.—Me siento inspirado:

Ricardo, Ricardito,
hazme el favor de estarte quietecito,
deja á las musas quietas,
que esos juegos descubren imprudentes
tus aficiones, por desgracia, estetas,
ó séase indecentes.

A. R. Z.—Sí, señor; puede usted mandar lo que guste, pero original...

J. G. C.—Puede que aproveche los versos, aunque no le respondo. El artículo, fojillo, fojillo: no faltan aptitudes; veamos otra cosa.

G. C.—No puedo afirmarlo; no recuerdo si lo recibí ó si iría al cesto: de todas maneras el título que cita me escama.

F. F. D.—Epigrama:

«Cuando tal cosa escuché
al punto dije: ¡qué aquel!
yo no quiero que me dé
más disgustos la gaché.
Eres un burro, Manuel.»

Pues si usted mismo lo declara, me excuso de aplicarle el mote.

Calamba.—¿Un artículo en verso? Paso, ¡calamba!

Doña Beatriz.—¿Ha querido usted tomarme el pelo, ú qué? Así es usted señora, como yo obispo. Lo que es usted, macho y muy macho.

Simpática Beatriz,
hame dado en la nariz
olor á barraganía:
¡qué tío! digo, ¡qué tía!

Y usted perdone el modo de señalar.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

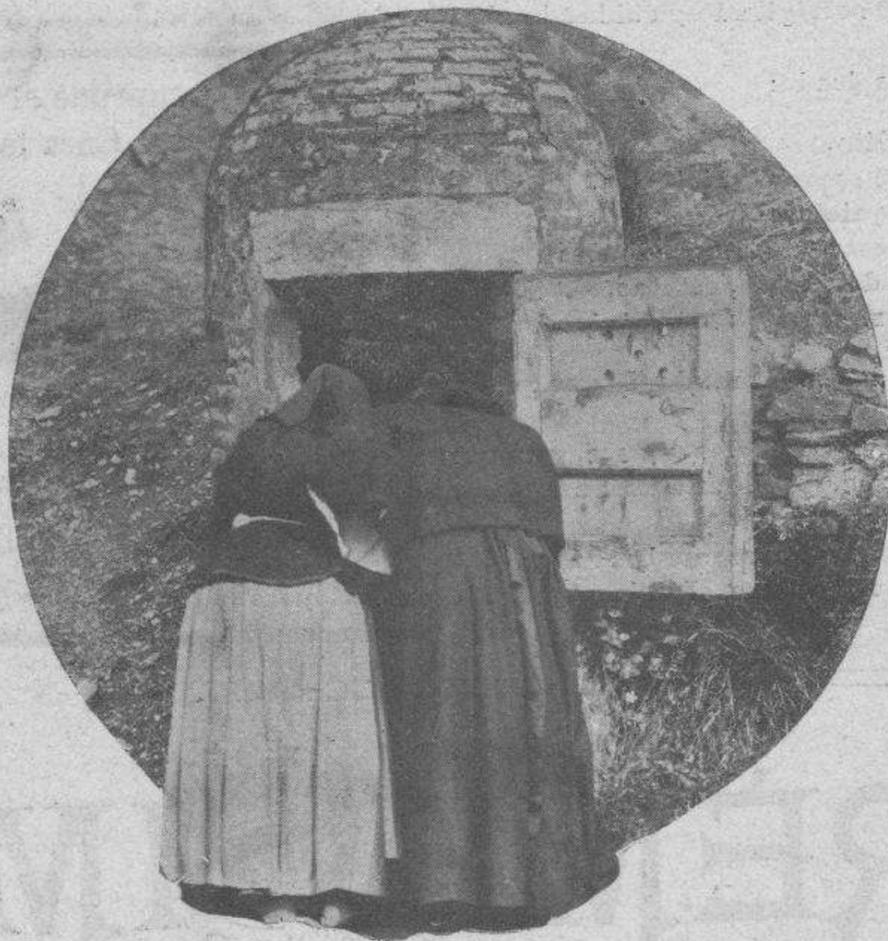
Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las Influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ↔ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ↔ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





20 cénts.

Núm. 488

